

este atributo carece de importancia frente a la concepción generatriz del libro, donde hay una inquietud de justeza que lo enaltece, aunque, por instantes, se vaya bruscamente a una posición antitierna, antiamorosa, antiabandonada y subyugada, como es el hombre, que le infunde monotonía y lo hace equilibrarse en una deliciosa puerilidad. Lossiete cuentos de Bouldroud nos enseñan a un mismo personaje, sensual y delicado, que no escatima su sarcástica crueldad frente a un polarizante femenino de incorregible medianía mental y de habituado temor cristiano, llegando el caso en que la inveterada maldad del hombre se subraya como un estribillo. No obstante, y sin perder su personalidad de lector tenaz, que no logra desembarazarse de su mundo percibido literariamente, o sea en la filmación de la pantalla exhibidora, el autor desenvuelve imagos sutiles, que revelan prolija observación íntima, y tranquilos atisbos de su mundo onírico.

En suma, un libro que articula el agresivo balbuceo surrealista chileno, y nos hace vislumbrar la más promisoriosa tarea artística, cuando ese impulso logre relevantes diseños, y el desenfado vital que debe alentar a los talentos absolutos.—LUIS MERINO REYES.

■ <https://doi.org/10.29393/At206-17ERLD10017>

ESTAMPAS DEL RAPEL, por *Rafael Fernández Rodríguez*.
Nascimento, Santiago, 1942.

Rafael Fernández Rodríguez ha escrito un libro sincero, en el cual se transparenta con fuerte relieve la emoción admirativa que dejaron grabada en su sensibilidad de poeta, los rincones de la tierra colchagüina, cuya secreta belleza conoció en su infancia.

Su libro es como un viaje hacia el pasado. Recorre los caminos de los campos de Colchagua y ante sus ojos maravilla-

dos, ve otra vez el paisaje que viene a su encuentro como un viejo amigo que le habla ese expresivo lenguaje que evoca escenas y costumbres de otros tiempos. Pero no es una luz evanescente la que alumbra débilmente estas estampas, sino por el contrario es la vida con su animación colorida y típica, con su sabor auténtico y afectuoso. Porque el río tiene su leyenda, y la quebrada, el camino, el cerro y las abras, ruta de neblina azul que llevan a los viajeros hacia los más recónditos rincones serranos, ofrecen la leyenda y la conseja con su pristina esencia en los labios de los hombres que aman la tierra y le dan a ella su energía y su vida.

Se ha dicho que Fernández Rodríguez sólo pinta cuadros breves, que no alcanzan a dar la sensación total de una vida o de un episodio ocurrido en aquel rústico escenario que evoca con cariño de hombre y sensibilidad de poeta. Es sin duda un cargo infundado este que se hace al autor, pues, como el título lo indica, no ha sido otro su propósito que el de destacar en estas estampas un jirón de vida, el perfil de un hombre, el sabor autóctono de una escena. Y lo hace en un estilo plástico, sugerente, rico en contenido emocional. El de Fernández Rodríguez es un temperamento fino y mesurado. Traza sus cuadros con singular acierto: describe el ambiente en breves líneas y consigue inmediatamente dar la sensación de la realidad en que aparecen sus personajes, identificándolos con el paisaje en forma que nada desentona. Y luego surge el episodio con su signo vital y su aroma vernáculo; con ese embrujo que brota de la tierra y que sólo pueden comprender bien, los que la sienten como parte de su existencia.

Leyendo estas páginas de Fernández Rodríguez hemos recordado más de una vez a Valle-Inclán, cuando describe los caminos de la sierra y conversa con los campesinos. Aquella leve sombra de tristeza, de desvanecida ansiedad, de ensueños lejanos, de aristocracia en la manera de decir, que era una de las características más importantes en la obra del escritor espa-

ñol, repunta en Fernández Rodríguez, sin que la semejanza perjudique en lo más mínimo al escritor chileno, pues no se trata sino de una similitud de temperamentos.

Dar la sensación del ambiente, saturar los personajes del aire, del color y del acento propio en que se desarrollan los acontecimientos, es una de las dificultades mayores en la obra de creación literaria, pues ahí reside precisamente el encanto de un relato. Fernández Rodríguez salva este escollo limpiamente. Su prosa es contenida, pero en ningún momento exenta de ese ropaje sutil que la embellece con una imagen poética. Pero no se deja arrastrar por ese camino. No pierde de vista su objetivo. No le gusta hacer cabriolas con las palabras sino expresar concretamente el momento de drama o de emoción que desea reflejar en sus páginas.

Y de este modo ha logrado dejar en el ánimo del lector una sensación vívida y elocuente de los hechos que cuenta. Lo hace con amor y les infunde alma. Inolvidable nos parece por su rústico sabor de leyenda campesina, por su encantadora sencillez, la estampa que nos da del paisaje de las Termas del Flaco, en la que el lector conoce el origen de este nombre. Sabrosa en ingenuidad, la anécdota de aquel misionero que recorre los campos de Colchagua, y se deja tentar por el aroma de ese vinillo de la tierra. Impregnada de misterio y de intensidad dramática la historia de aquel párroco que viaja en el pequeño tren del ramal leyendo su breviario y que de pronto, como un resorte que se suelta, se lanza hacia el cordón de alarma para hacer detener el tren momentos antes que el convoy entre a un puente, que acaba de llevarse la crecida del río.

El alma de la tierra colchagüina y su poesía, la gracia nativa de sus habitantes y la belleza del paisaje, tienen el libro de Fernández Rodríguez una expresión auténtica, una sencillez expresiva y plástica, empapada en sentimiento y humanidad.—

LUIS DURAND.